

LA PALABRA DEL PAPA



El Papa León XIV atraviesa la explanada de Tor Vergata el sábado 2 de agosto, rodeado de una multitud de jóvenes. ©EFE



LEÓN XIV: DISCURSOS Y MENSAJES QUE HAN MARCADO LOS ÚLTIMOS MESES

La relación entre esperanza, migración y misión fue el centro del Mensaje del Papa León XIV para la 111ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado. En él subrayó, citando a San Agustín, que la Iglesia misma es ‘civitas peregrina’ y cada vez que cede a la tentación de la “sedentarización”, deja de estar “en el mundo” y pasa a ser “del mundo”. A la luz de esta actitud, los migrantes católicos pueden convertirse en “misioneros de esperanza”, reavivando las energías evangelizadoras o iniciando diálogos interreligiosos.

La esperanza también fue centro del Mensaje para la IX Jornada Mundial de los Pobres, donde el Papa afirmó que las personas sin recursos pueden convertirse en testigos de una “esperanza fuerte y fiable”, puesto que su esperanza no reposa en el poder ni en el tener. Cuando se pone a Dios en el centro como “primera y única esperanza” es precisamente cuando se realiza “el paso de las esperanzas efímeras a la esperanza duradera”.

De gran valor fue también el discurso del Santo Padre a los miembros de la Red Internacional de Legisladores Católicos, a quienes recordó su misión de construir un orden social guiado por la conciencia, la dignidad humana y una “política y economía de la esperanza” sostenidas en la gracia de Cristo.

Mensaje para la 111ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado

*Publicado el 25 de julio de 2025, fiesta de Santiago Apóstol,
en preparación de la jornada que se llevó a cabo el 4 y 5 de octubre.*

Migrantes, misioneros de esperanza

Queridos hermanos y hermanas:

La 111.ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, que mi predecesor quiso que coincidiera con el Jubileo de los migrantes y del mundo misionero, nos ofrece la oportunidad de reflexionar sobre el vínculo entre esperanza, migración y misión.

El contexto mundial actual está tristemente marcado por guerras, violencia, injusticias y fenómenos meteorológicos extremos, que obligan a millones de personas a abandonar su tierra natal en busca de refugio en otros lugares. La tendencia generalizada de velar exclusivamente por los intereses de comunidades circunscritas constituye una grave amenaza para la asignación de responsabilidades, la cooperación multilateral, la consecución del bien común y la solidaridad global en beneficio de toda la familia humana. La perspectiva de una nueva carrera armamentística y el desarrollo de nuevas armas —incluidas las nucleares—, la escasa consideración de los efectos nefastos de la crisis climática actual y las profundas desigualdades económicas hacen que los retos del presente y del futuro sean cada vez más difíciles.

Ante las teorías de devastación global y escenarios aterradores, es importante que crezca en el corazón de la mayoría el deseo de esperar un futuro de dignidad y paz para todos los seres humanos. Ese futuro es parte esencial del proyecto de Dios para la humanidad y el resto de la creación.

Ante las teorías de devastación global y escenarios aterradores, es importante que crezca en el corazón de la mayoría el deseo de esperar un futuro de dignidad y paz para todos los seres humanos. Ese futuro es parte esencial del proyecto de Dios para la humanidad y el resto de la creación. Se trata del futuro mesiánico anticipado por los profetas: “Los ancianos y las ancianas se sentarán de nuevo en las plazas de Jerusalén, cada uno con su bastón en la mano, a causa de sus muchos años. Las plazas de la ciudad se llenarán de niños y niñas, que jugarán en ellas. [...] Porque hay

semillas de paz: la viña dará su fruto, la tierra sus productos y el cielo su rocío” (Zc 8,4-5.12). Y este futuro ya ha comenzado, porque fue inaugurado por Jesucristo (cf. *Mc* 1,15 y *Lc* 17,21) y nosotros creemos y esperamos en su plena realización, ya que el Señor siempre cumple sus promesas.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que “la virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres”¹. Y sin duda, la búsqueda de la felicidad —y la perspectiva de encontrarla en otro lugar— es una de las principales motivaciones de la movilidad humana contemporánea.

Esta conexión entre migración y esperanza se manifiesta claramente en muchas de las experiencias migratorias de nuestros días. Numerosos migrantes, refugiados y desplazados son testigos privilegiados de la esperanza vivida en la cotidianidad, a través de su confianza en Dios y su resistencia a las adversidades con vistas a un futuro en el que vislumbran la llegada de la felicidad y el desarrollo humano integral. En ellos se renueva la experiencia itinerante del pueblo de Israel: “Oh Dios, cuando saliste al frente de tu pueblo, cuando avanzabas por el desierto, tembló la tierra y el cielo dejó caer su lluvia, delante de Dios —el del Sinaí—, delante de Dios, el Dios de Israel. Tú derramaste una lluvia generosa, Señor: tu herencia estaba exhausta y tú la reconfortaste; allí se estableció tu familia, y tú, Señor, la afianzarás por tu bondad para con el pobre” (*Sal* 68, 8-11).

En un mundo oscurecido por guerras e injusticias, incluso allí donde todo parece perdido, los migrantes y refugiados se erigen como mensajeros de esperanza. Su valentía y tenacidad son un testimonio heroico de una fe que ve más allá de lo que nuestros ojos pueden ver y que les da la fuerza para desafiar la muerte en las diferentes rutas migratorias contemporáneas. También aquí es posible encontrar una clara analogía con la experiencia del pueblo de Israel errante por el desierto, que afronta todos los peligros confiando en la protección del Señor: “Él te librará de la red del cazador, y de la peste perniciosa; te cubrirá con sus plumas, y hallarás un refugio bajo sus alas. Su brazo es escudo y coraza. No temerás los terrores de la noche, ni la flecha que vuela de día, ni la peste que acecha en las tinieblas, ni la plaga que devasta a pleno sol” (*Sal* 91,3-6).

¹ Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1818.

En un mundo oscurecido por guerras e injusticias, incluso allí donde todo parece perdido, los migrantes y refugiados se erigen como mensajeros de esperanza. Su valentía y tenacidad son un testimonio heroico de una fe que ve más allá de lo que nuestros ojos pueden ver y que les da la fuerza para desafiar la muerte en las diferentes rutas migratorias contemporáneas.

De manera particular, los migrantes y refugiados católicos pueden convertirse hoy en misioneros de esperanza en los países que los acogen, llevando adelante nuevos caminos de fe allí donde el mensaje de Jesucristo aún no ha llegado o iniciando diálogos interreligiosos basados en la vida cotidiana y la búsqueda de valores comunes.

Los migrantes y los refugiados recuerdan a la Iglesia su dimensión peregrina, perpetuamente orientada a alcanzar la patria definitiva, sostenida por una esperanza que es virtud teologal. Cada vez que la Iglesia cede a la tentación de la “sedentarización” y deja de ser *civitas peregrina* –el pueblo de Dios peregrino hacia la patria celestial²–, deja de estar “en el mundo” y pasa a ser “del mundo” (cf. *Jn* 15,19). Se trata de una tentación ya presente en las primeras comunidades cristianas, hasta tal punto que el apóstol Pablo tiene que recordar a la Iglesia de Filipos que “nosotros somos ciudadanos del cielo, y esperamos ardientemente que venga de allí como Salvador el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro pobre cuerpo mortal, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso, con el poder que tiene para poner todas las cosas bajo su dominio” (*Flp* 3,20-21).

De manera particular, los migrantes y refugiados católicos pueden convertirse hoy en misioneros de esperanza en los países que los acogen, llevando adelante nuevos caminos de fe allí donde el mensaje de Jesucristo aún no ha llegado o iniciando diálogos interreligiosos basados en la vida cotidiana y la búsqueda de valores comunes. En efecto, con su entusiasmo espiritual y su dinamismo, pueden contribuir a revitalizar comunidades eclesiales rígidas y cansadas, en las que avanza amenazadoramente el desierto espiritual. Su presencia debe ser reconocida y apreciada como una verdadera bendición divina, una oportunidad para abrirse a la gracia de Dios, que da nueva energía y esperanza a su Iglesia: “No se olviden de practicar la hospitalidad, ya que gracias a ella, algunos, sin saberlo, hospedaron a los ángeles” (*Hb* 13,2).

2 Cf. San Agustín; *La ciudad de Dios*. Libro XIVXVI.

El primer elemento de la evangelización, como subrayaba san Pablo VI, es generalmente el testimonio: “Todos los cristianos están llamados a este testimonio y, en este sentido, pueden ser verdaderos evangelizadores. Se nos ocurre pensar especialmente en la responsabilidad que recae sobre los emigrantes en los países que los reciben”³. Se trata de una verdadera *missio migrantium* –misión realizada por los migrantes– para la cual se debe garantizar una preparación adecuada y un apoyo continuo, fruto de una cooperación intereclesial eficaz.

Por otro lado, las comunidades que los acogen también pueden ser un testimonio vivo de esperanza. Esperanza entendida como promesa de un presente y un futuro en el que se reconozca la dignidad de todos como hijos de Dios. De este modo, los migrantes y refugiados son reconocidos como hermanos y hermanas, parte de una familia en la que pueden expresar sus talentos y participar plenamente en la vida comunitaria.

Con motivo de esta jornada jubilar en la que la Iglesia reza por todos los migrantes y refugiados, deseo encomendar a todos los que están en camino, así como a los que se esfuerzan por acompañarlos, a la protección maternal de la Virgen María, consuelo de los migrantes, para que mantenga viva en sus corazones la esperanza y los sostenga en su compromiso de construir un mundo que se parezca cada vez más al Reino de Dios, la verdadera Patria que nos espera al final de nuestro viaje.

Leone PP. XIV

3 Pablo VI; Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* acerca de la evangelización en el mundo contemporáneo. 8 de diciembre de 1975, n. 21.

Mensaje para la IX Jornada Mundial de los Pobres

*Publicado el 13 de junio, memoria de san Antonio de Padua,
Patrono de los Pobres, en preparación de la Jornada
a celebrarse el 16 de noviembre de 2025.*

Tú, Señor, eres mi esperanza (cfr. *Sal* 71,5)

1. “Tú, Señor, eres mi esperanza” (*Sal* 71,5). Estas palabras brotan de un corazón oprimido por graves dificultades: “Me hiciste pasar por muchas angustias” (v. 20), dice el salmista. A pesar de ello, su alma está abierta y confiada, porque permanece firme en la fe, que reconoce el apoyo de Dios y lo proclama: “Tú eres mi Roca y mi fortaleza” (v. 3). De ahí nace la confianza indefectible de que la esperanza en Él no defrauda: “Yo me refugio en ti, Señor, ¡que nunca tenga que avergonzarme!” (v. 1).

En medio de las pruebas de la vida, la esperanza se anima con la certeza firme y alentadora del amor de Dios, derramado en los corazones por el Espíritu Santo. Por eso no defrauda (cf. *Rm* 5,5), y san Pablo puede escribir a Timoteo: “Nosotros nos fatigamos y luchamos porque hemos puesto nuestra esperanza en el Dios viviente” (*1Tm* 4,10). El Dios viviente es, de hecho, el “Dios de la esperanza” (*Rm* 15,13), que, en Cristo, mediante su muerte y resurrección, se ha convertido en “nuestra esperanza” (*1Tm* 1,1). No podemos olvidar que hemos sido salvados en esta esperanza, en la que necesitamos permanecer enraizados.

2. El pobre puede convertirse en testigo de una esperanza fuerte y fiable, precisamente porque la profesa en una condición de vida precaria, marcada por privaciones, fragilidad y marginación. No confía en las seguridades del poder o del tener; al contrario, las sufre y con frecuencia es víctima de ellas. Su esperanza solo puede reposar en otro lugar. Reconociendo que Dios es nuestra primera y única esperanza, nosotros también realizamos el paso de las *esperanzas* efímeras a la *esperanza* duradera. Frente al deseo de tener a Dios como compañero de camino, las riquezas se relativizan, porque se descubre el verdadero tesoro del que realmente tenemos necesidad. Resuenan claras y fuertes las palabras con las que el Señor Jesús exhortaba a sus discípulos: “No acumulen tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los consumen,

y los ladrones perforan las paredes y los roban. Acumulen, en cambio, tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que los consuma, ni ladrones que perforen y roben” (Mt 6,19-20).

3. La pobreza más grave es no conocer a Dios. Así nos lo recordaba el Papa Francisco cuando en *Evangelii gaudium* escribía: “La peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual. La inmensa mayoría de los pobres tiene una especial apertura a la fe; necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los Sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe”⁴. Aquí se manifiesta una conciencia fundamental y totalmente original sobre cómo encontrar en Dios el propio tesoro. Insiste, en efecto, el apóstol Juan: “El que dice: ‘Amo a Dios’, y no ama a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve?” (1 Jn 4,20).

El pobre puede convertirse en testigo de una esperanza fuerte y fiable, precisamente porque la profesa en una condición de vida precaria, marcada por privaciones, fragilidad y marginación. No confía en las seguridades del poder o del tener; al contrario, las sufre y con frecuencia es víctima de ellas. Su esperanza solo puede reposar en otro lugar.

Es una regla de la fe y un secreto de la esperanza que todos los bienes de esta tierra, las realidades materiales, los placeres del mundo, el bienestar económico, aunque importantes, no bastan para hacer feliz al corazón. Las riquezas muchas veces engañan y conducen a situaciones dramáticas de pobreza; la más grave de todas es pensar que no necesitamos a Dios y que podemos llevar adelante la propia vida independientemente de Él. Vuelven a la mente las palabras de san Agustín: “Sea Dios toda tu presunción: siéntete indigente de Él, y así serás de Él colmado. Todo lo que poseas sin Él, te causará un mayor vacío”⁵.

4. La esperanza cristiana, a la que remite la Palabra de Dios, es certeza en el camino de la vida, porque no depende de la fuerza humana, sino de la promesa de Dios, que es siempre fiel. Por eso, los cristianos desde los orígenes quisieron identificar la esperanza con el símbolo del ancla, que da estabilidad y seguridad. La esperanza cristiana es como un ancla

4 Francisco; Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. 24 de noviembre de 2013, n. 200.

5 San Agustín; *Enarrationes in Psalmos*, 85,3.

que fija nuestro corazón en la promesa del Señor Jesús, quien nos ha salvado con su muerte y resurrección y que volverá de nuevo en medio de nosotros. Esta esperanza sigue señalando como verdadero horizonte de vida el “cielo nuevo” y la “tierra nueva” (2 P 3,13), donde la existencia de todas las criaturas encontrará su sentido auténtico, pues nuestra verdadera patria está en el cielo (cf. Flp 3,20).

La ciudad de Dios, en consecuencia, nos compromete con las ciudades de los hombres. Estas deben, desde ahora, comenzar a parecerse a ella. La esperanza, sostenida por el amor de Dios derramado en nuestros co-

razones por medio del Espíritu Santo (cf. Rm 5,5), transforma el corazón humano en tierra fértil, donde puede brotar la caridad para la vida del mundo. La Tradición de la Iglesia reafirma constantemente esta circularidad entre las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. La esperanza nace de la fe, que la alimenta y sostiene, sobre el fundamento de la caridad, que es madre de todas las virtudes. Y de la caridad tenemos necesidad hoy, ahora. No es una promesa, sino una realidad a la que miramos con alegría y responsabilidad: nos compromete, orientando nuestras decisiones al bien común. Quien carece de caridad no solo carece de fe y esperanza, sino que quita esperanza a su prójimo.

La ciudad de Dios, en consecuencia, nos compromete con las ciudades de los hombres. Estas deben, desde ahora, comenzar a parecerse a ella. La esperanza, sostenida por el amor de Dios derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, transforma el corazón humano en tierra fértil, donde puede brotar la caridad para la vida del mundo.

5. La invitación bíblica a la esperanza conlleva, por tanto, el deber de asumir responsabilidades coherentes en la historia, sin dilaciones. La caridad, en

efecto, “representa el mayor mandamiento social”⁶. La pobreza tiene causas estructurales que deben ser afrontadas y eliminadas. Mientras esto sucede, todos estamos llamados a crear nuevos signos de esperanza que testimonien la caridad cristiana, como lo hicieron muchos santos y santas de todas las épocas. Los hospitales y las escuelas, por ejemplo, son instituciones creadas para expresar la acogida hacia los más débiles y marginados. Hoy deberían formar parte ya de las políticas públicas de todo país, pero

6 Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1889.

las guerras y desigualdades con frecuencia lo impiden. Cada vez más, los signos de esperanza son hoy las casas-familia, las comunidades para menores, los centros de escucha y acogida, los comedores para los pobres, los albergues, las escuelas populares: cuántos signos, a menudo escondidos, a los que quizás no prestamos atención y, sin embargo, tan importantes para sacudirnos de la indiferencia y motivar el compromiso en las distintas formas de voluntariado.

Los pobres no son una distracción para la Iglesia, sino los hermanos y hermanas más amados, porque cada uno de ellos, con su existencia, e incluso con sus palabras y la sabiduría que poseen, nos provoca a tocar con las manos la verdad del Evangelio. Por eso, la Jornada Mundial de los Pobres quiere recordar a nuestras comunidades que los pobres están en el centro de toda la acción pastoral. No solo de su dimensión caritativa, sino también de lo que la Iglesia celebra y anuncia. Dios ha asumido su pobreza para enriquecernos a través de sus voces, sus historias, sus rostros. Toda forma de pobreza, sin excluir ninguna, es un llamado a vivir concretamente el Evangelio y a ofrecer signos eficaces de esperanza.

6. Esta es la invitación que nos llega de la celebración del Jubileo. No es casualidad que la *Jornada Mundial de los Pobres* se celebre hacia el final de este año de gracia. Cuando se cierre la Puerta Santa, tendremos que custodiar y transmitir los dones divinos que han sido derramados en nuestras manos a lo largo de todo un año de oración, conversión y testimonio. Los pobres no son objetos de nuestra pastoral, sino sujetos creativos que nos estimulan a encontrar siempre formas nuevas de vivir el Evangelio hoy. Ante la sucesión de nuevas oleadas de empobrecimiento, existe el riesgo de acostumbrarse y resignarse. Todos los días nos encontramos con personas pobres o empobrecidas y, a veces, puede suceder que seamos nosotros mismos los que tengamos menos, los que perdamos lo que

La pobreza tiene causas estructurales que deben ser afrontadas y eliminadas. Mientras esto sucede, todos estamos llamados a crear nuevos signos de esperanza que testimonien la caridad cristiana, como lo hicieron muchos santos y santas de todas las épocas.

Los pobres no son una distracción para la Iglesia, sino los hermanos y hermanas más amados, porque cada uno de ellos, con su existencia, e incluso con sus palabras y la sabiduría que poseen, nos provoca a tocar con las manos la verdad del Evangelio.

antes nos parecía seguro: una vivienda, comida adecuada para el día, acceso a la atención médica, un buen nivel de educación e información, libertad religiosa y de expresión.

Al promover el bien común, nuestra responsabilidad social se basa en el gesto creador de Dios, que a todos da los bienes de la tierra; y al igual que estos, también los frutos del trabajo del hombre deben ser accesibles de manera equitativa. Ayudar al pobre es, en efecto, una cuestión de justicia,

Al promover el bien común, nuestra responsabilidad social se basa en el gesto creador de Dios, que a todos da los bienes de la tierra; y al igual que estos, también los frutos del trabajo del hombre deben ser accesibles de manera equitativa. Ayudar al pobre es, en efecto, una cuestión de justicia, antes que de caridad.

antes que de caridad. Como observa san Agustín: “Das pan al hambriento, pero sería mejor que nadie sintiese hambre y no tuvieses a nadie a quien dar. Vistes al desnudo, pero ¡ojalá todos estuviesen vestidos y no hubiese necesidad de vestir a nadie!”⁷.

Espero, por tanto, que este Año Jubilar pueda impulsar el desarrollo de políticas para combatir antiguas y nuevas formas de pobreza, además de nuevas iniciativas de apoyo y ayuda a los más pobres entre los pobres. El trabajo, la educación, la vivienda y la salud son las condiciones para una seguridad que nunca se logrará con las armas. Estoy contento por las iniciativas ya existentes y por el compromiso que cada día asumen a nivel internacional un gran número de hombres y mujeres de buena voluntad.

Confiemos en María Santísima, Consuelo de los afligidos, y con ella entonemos un canto de esperanza haciendo nuestras las palabras del *Te Deum*: “*In Te, Domine, speravi, non confundar in aeternum* –En Ti, Señor, confié, no me veré defraudado para siempre”.

Leone PP. XIV

7 San Agustín; Homilias sobre la primera carta de san Juan a los pastores, VIII, 5.

Discurso a los miembros de la “Red internacional de legisladores católicos”

Sala Clementina, sábado 23 de agosto de 2025⁸

*Eminencias, Excelencia, distinguidos señores y señoras,
queridos hermanos y hermanas en Cristo.*

Me alegra saludarlos a todos ustedes, miembros de la Red Internacional de Legisladores Católicos. Y les agradezco su visita aquí, en el Vaticano y en Roma, durante este Año jubilar, el Jubileo de la esperanza.

Se han reunido para su XVI encuentro anual, que este año tiene un tema aleccionador: “El nuevo orden mundial: la política de las grandes potencias, la dominación de las corporaciones y el futuro de la prosperidad humana”. En estas palabras percibo tanto una preocupación como un deseo. Todos estamos preocupados por la dirección que está tomando nuestro mundo y, sin embargo, deseamos un florecimiento humano genuino. Deseamos un mundo en el que cada persona pueda vivir en paz, libertad y plenitud según el plan de Dios.

Para encontrar nuestro equilibrio en las circunstancias actuales —especialmente ustedes como legisladores católicos y líderes políticos—, sugiero que miremos al pasado, a la eminente figura de san Agustín de Hipona. Una voz importante de la Iglesia en la época romana tardía, fue testigo de inmensos trastornos y desintegración social. En respuesta, escribió *La ciudad de Dios*, una obra que propone una visión de esperanza, una visión llena de significado que todavía nos habla hoy.

Este Padre de la Iglesia enseñó que en la historia humana hay dos “ciudades” que están entrelazadas: la ciudad del hombre y la ciudad de Dios. Simbolizan realidades espirituales, dos orientaciones del corazón humano y, por lo tanto, de la civilización humana. La ciudad del hombre, construida sobre el orgullo y el amor propio, se caracteriza por la búsqueda del poder, el prestigio y el placer; la ciudad de Dios, construida sobre el amor de Dios hasta el altruismo, se caracteriza por la justicia, la caridad y la humildad. En estos términos, Agustín animó

⁸ Traducción propia.

a los cristianos a impregnar la sociedad terrena de los valores del Reino de Dios, orientando así la historia hacia su cumplimiento último en Dios, permitiendo al mismo tiempo la auténtica prosperidad humana

La ciudad del hombre, construida sobre el orgullo y el amor propio, se caracteriza por la búsqueda del poder, el prestigio y el placer; la ciudad de Dios, construida sobre el amor de Dios hasta el altruismo, se caracteriza por la justicia, la caridad y la humildad. En estos términos, Agustín animó a los cristianos a impregnar la sociedad terrena de los valores del Reino de Dios.

en esta vida. Tal visión teológica puede ofrecernos un punto de referencia frente a las corrientes cambiantes de hoy: el surgimiento de nuevos centros de gravedad, la inestabilidad de las antiguas alianzas y la influencia sin precedentes de las multinacionales y las tecnologías, sin mencionar los muchos conflictos violentos. La pregunta crucial para nosotros los creyentes es, por lo tanto, la siguiente: ¿cómo podemos realizar esta tarea?

Para responder a esta pregunta, necesitamos aclarar el significado del florecimiento humano. Hoy en día, una vida próspera a menudo se confunde con una vida materialmente rica o una vida de autonomía y placer individual sin restricciones. El “futuro ideal” que se nos presenta a menudo se caracteriza por la conveniencia tecnológica y la satisfacción del consumidor. Sin embargo, sabemos que esto no es suficiente. Vemos esto en las sociedades ricas, donde muchas personas luchan contra la soledad, la desesperación y una sensación de falta de sentido.

La auténtica prosperidad humana deriva de lo que la Iglesia llama *desarrollo humano integral*, es decir, el crecimiento pleno de la persona en todas las dimensiones: física, social, cultural, moral y espiritual. Esta visión de la persona humana tiene sus raíces en la ley natural, el orden moral que Dios ha escrito en el corazón humano, cuyas verdades más profundas están iluminadas por el Evangelio de Cristo. En este sentido, la auténtica prosperidad humana se manifiesta cuando las personas viven virtuosamente, cuando viven en comunidades sanas, disfrutando no solo de lo que *tienen*, de lo que poseen, sino también de lo *que son* como hijos de Dios. Asegura la libertad de buscar la verdad, adorar a Dios y criar una familia en paz. También incluye una armonía con la creación y un sentido de solidaridad entre clases sociales y naciones. De hecho, el Señor vino para que “tengamos vida y la tengamos en abundancia” (cf. *Jn* 10,10).

El futuro de la prosperidad humana depende del “amor” que elijamos para organizar nuestra sociedad en torno a él: un amor egoísta, amor a uno mismo, o amor a Dios y al prójimo. Nosotros, por supuesto, ya sabemos la respuesta. En su vocación de legisladores y funcionarios católicos están llamados a ser constructores de puentes entre la ciudad de Dios y la ciudad del hombre. Esta mañana los exhorto a seguir trabajando por un mundo en el que el poder esté controlado por la conciencia y en el que la ley esté al servicio de la dignidad humana. También los animo a rechazar la mentalidad peligrosa y contraproducente de que nada cambiará nunca.

Sé que los desafíos son inmensos, pero la gracia de Dios que obra en los corazones humanos es aún más poderosa. Mi venerado predecesor subrayó la necesidad de lo que él llamó una “diplomacia de la esperanza”⁹. Añadiría que también necesitamos una “política de la esperanza” y una “economía de la esperanza”, ancladas en la convicción de que también ahora, por la gracia de Cristo, podemos reflejar su luz en la ciudad terrena.

Gracias. Les agradezco a todos ustedes por sus esfuerzos para llevar el mensaje del Evangelio a la arena pública. Les aseguro mis oraciones por ustedes, por sus seres queridos, sus familias, sus amigos y, especialmente hoy, por aquellos a quienes sirvan. Que el Señor Jesús, Príncipe de la paz, bendiga y guíe sus esfuerzos por la auténtica prosperidad de la familia humana.

La auténtica prosperidad humana deriva de lo que la Iglesia llama ‘desarrollo humano integral’, es decir, el crecimiento pleno de la persona en todas las dimensiones: física, social, cultural, moral y espiritual. [...] La auténtica prosperidad humana se manifiesta cuando las personas viven virtuosamente, cuando viven en comunidades sanas, disfrutando no solo de lo que tienen, de lo que poseen, sino también de lo que son como hijos de Dios.

Leone PP. XIV

⁹ Francisco; Discurso a los miembros del Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede. 9 de enero de 2025.